

mas recónditos era permitido á los adoradores del verdadero Dios ejercer sus sagradas funciones, y santas ceremonias. ¿Era esta la *simplicidad de culto*, la pureza primitiva de la adoracion en espíritu y verdad por que aspiraban? — Por colmo de la iniquidad el mencionado Tourné, intruso de Bourges, propuso en el viernes santo de 1792 que fuese prohibido el uso del traje ó *vestidos eclesiásticos*, aun á los obispos, y sostenido por sus colegas de doctrina obtuvo el cumplimiento de sus deseos, y él fué el primero que lo depuso para no volver á usarlos mas, « sin que el intruso Fauchet, que tanto habia » ensalzado, y predicaba la libertad en todo y sobre todas las cosas, y presenciaba estas resoluciones, hiciese » observar siquiera, era bien extraño que bajo el imperio de la libertad fuese un delito para los sacerdotes » hacer uso de sus vestidos clericales; antes bien sin dilacion él tambien se despojase de los suyos, y depositó allí mismo hasta el pectoral. Lo mismo que ejecutó tambien el intruso de Limoges dejando el suyo, » que lo distinguia como obispo, sobre la mesa del presidente: viéndose desde entonces en un país, donde » se pretendia no haber variado nada de la antigua Religion, que todo sacerdote era declarado rebelde contra el Estado si osaba presentarse vestido con el traje » distintivo de ella ¹.

No contento aun el jansenista Tourné con esta reforma, en el mismo dia, y á pesar de haber sido educado entre los padres de la doctrina cristiana, propuso y pidió la *abolicion de todas las congregaciones seculares de enseñanza*, y de misioneros, hasta las hermanas hospitalarias, y demás empleadas en obras de caridad. Tales son los jansenistas; cual hijos ingratos, no solo se vuelven contra su Madre, sino que quisieran hasta su aniquilamiento. Tourné y Fauchet fueron imitados por los jansenistas de las provincias, tan pronto como llegó á ellos la noticia de sus propuestas y resolucion. ¿Y se dirá todavía que es una malignidad atribuir á los jansenistas complicidad en la revolución francesa? Los he-

¹ Barruel, *Historia de la persecucion del Clero*, part. 2.

chos referidos, ¿desmienten ó autorizan la inculpacion?

Ni se contentaron simplemente con los hechos: quitada ya la máscara, les pareció necesario transmitir á la posteridad, por medio de escritos, el triunfo que creian conseguido por su secta contra la Religion católica; y así al punto se arrojaron á formar apologías de la conducta de la asamblea, y señaladamente de la constitucion civil, que en particular les interesaba. Distinguiéronse en ello particularmente los individuos de la *comision eclesiástica*, que la habian proyectado y extendido; á saber, Camus, Martineau, Treillard y Expilly, y de fuera del congreso Le Coz, Charrier y Chedeville, todos tres bien conocidos por su adhesion al jansenismo; y Charrier especialmente estableciendo tales principios en su *Préservativo contra el cisma*, que no solo conducen á él infaliblemente, sino á la misma anarquía; pues enseña de propósito que la nacion tiene derecho de proscribir la Religion, porque lo tiene, dice, á todo lo que es necesario á su conservacion; como si la perseverancia de la Religion fuese incompatible con la subsistencia de los pueblos. ¿Y es esta la doctrina de los *verdaderos defensores de las mas puras máximas de la Religion y del Estado*, que decanta Tamburini? Con esta misma Robespierre, Chabot, Danton, Hébert, Chaumette, Gobel, Lindet, Treillard, y otros ateo-jansenistas proscribieron de la Francia no solo el Catolicismo, sino toda Religion revelada.

Paso en silencio otros varios errores de Charrier: pero no es de omitirse lo que escribe el abate Cucagni, de que este campeón de los jansenistas de Francia era el corresponsal de Tamburini, de Ricci, y otros principales de Italia, á los cuales envió diversos ejemplares de su obra para que la propagasen, y fueron efectivamente distribuidos en Pavia y otras partes á los mas fieles y beneméritos de la secta. « Puedo citar, dice el abate » Cucagni, la *carta* misma en que daba parte á aquel » escritor de los ejemplares recibidos, le felicitaba del » servicio que habia hecho á la buena obra de renovar » en Francia, de acuerdo con la asamblea, los mas felices siglos de la Iglesia, y celebraba ademas las empresas » de aquellos sabios legisladores por el buen ejemplo

» que daban á todas las naciones. La carta, continúa el
 » abate Cucagni, era de fines de agosto de 1791, al tér-
 » minarse la primera asamblea, y puedo atestiguar con
 » el mismo que la leyó en París en la habitacion del di-
 » cho Charrier, á quien conocia.... ¿ Y los jansenistas no
 » serán los autores y promovedores de la revolucion
 » francesa? ¿ y el mismo Tamburini no será uno de los
 » cómplices de aquella conspiracion nefanda? »

Bolgeni, reflexionando en su *Problema* sobre la máxi-
 ma sediciosa, adoptada por Tamburini en sus *Cartas*
teológico-políticas sobre la pretendida obligacion de pres-
 tarse á una mayor fuerza en las circunstancias de la
 Francia, en que prevaleció contra el legítimo Soberano
 un puñado de súbditos rebeldes, que apoderados de la
 fuerza han trastornado la Monarquía; al paso mismo
 que le muestra su ceguedad en estampar doctrina tan
 sediciosa, le hace ver su propio peligro, diciendo: « Si
 » por fortuna estas *Cartas* (las *teológico-políticas*) vi-
 » niesen á parar á manos del emperador vuestro sobe-
 » rano, ó de sus ministros y consejeros, ¿ qué pensarían
 » y deberían decir de vos? ¿ qué pensarán los príncipes
 » gobernadores de Milan? ¿ qué dirán los políticos?
 » ¿ qué los soberanos de Italia, por la cual se extienden
 » dichas *Cartas* por vuestros amigos con tantos elogios?
 » ¿ Un catedrático de una universidad, un maestro, un
 » director de la juventud eclesiástica y secular....? »
 ¿ Y qué diría, añado yo, tomando las palabras de Bol-
 geni, si tuviese noticia circunstanciada de la carta res-
 puesta á Charrier, en la que Tamburini se congratula
 con los enemigos declarados de la soberanía por el
 ejemplo de impiedad y de trastorno de todo orden, y
 de toda ley, de asesinatos, de incendios, devastacion, y
 sobre todo de conjuracion, no solo contra la libertad,
 sino hasta contra la vida de los mismos soberanos? ¿ Pon-
 dria en duda su complicidad con los revolucionarios?

1 La consecuencia es innegable: el ejemplo dado por los sabios
 legisladores de la Francia á las otras naciones ha sido el de destruir
 la Religion y la monarquía. Tamburini aprueba y aplaude este
 ejemplo: luego apraude y aprueba la revolución: luego en un caso
 seria cómplice de ella: luego no es una malignidad atribuir á los
 jansenistas complicidad en aquellos desórdenes.

¿ Necesitaria ni podria desear confesion mas cierta de
 dicha complicidad? Pero su magestad imperial, despues
 de la revolucion de la Lombardía, ha visto ya los efec-
 tos de la correspondencia de Tamburini, y de los otros
 jansenistas sus súbditos con los revolucionarios.

El abate Barruel, hablando, en su *Historia de la per-
 secucion*, etc. (part. 1ª), de la conducta observada por los
 intrusos, nos hace entender que desde un principio la
 amistad de los jansenistas con Camus, y particularmente
 la afinidad de sus principios con la nueva constitucion,
 le dieron en esta secta muchos partidarios, y aun de obis-
 muchos jurar. Descendiendo despues á individualisar su
 conducta, se expresa así: « La aversion de los católicos
 » por el juramento no quedó menos justificada por la con-
 » ducta revolucionaria de los que le prestaron. Viéronse en
 » estos mas bien soldados que pastores. Su menor delito
 » era el olvidarse de su estado de sacerdotes, y aun de obis-
 » pos, mezclándose entre los batallones, de los alborota-
 » dores, con el fusil al hombro, montando la guardia, y to-
 » mando parte en todos los desarreglos y diversiones de la
 » multitud. Hicieron aun mas. Su perjurio los empeñó en
 » todas las abominaciones que han seguido despues á esta
 » desgraciada reforma de la Iglesia. Juraron contra el
 » trono, como habian jurado contra el altar; dieron su
 » voto contra el rey, como lo habian dado contra el Pa-
 » pa. Los mismos que como legisladores se abstuvieron
 » de condenar al patíbulo á Luis XVI, no tuvieron pudor
 » de pronunciar como ciudadanos, ó mas bien como
 » amotinados feroces, que merecia la muerte¹. Habian
 » tenido la vileza de abandonar á la Iglesia; no hubo ni
 » uno que tuviese valor para tomar la defensa del rey.

1 En efecto, Fauchet y Gregoire, legisladores en la primera
 asamblea y en la convencion, aunque no dieron el voto de muerte
 contra el rey, no despegaron tampoco sus labios para defenderlo y
 salvarlo del furor de los regicidas, lo que, por ser personas de in-
 fluencia en el partido, pudieron hacer, y á lo menos no habrian de-
 jado de atraer algunos votos hácia sí: lejos de eso, Fauchet se explicó
 en estos términos: *Como ciudadano estoy convencido que Luis ha*
merecido la muerte, y así lo declaro como legislador; pero no
como juez. ¿ Y qué servia esto para salvar al santo rey? ¿ no era
 alentar á los asesinos á cometer aquel asesinato?

» Habian pecado contra el juramento de su fe, hecho á Dios mismo ; han pecado contra el de la *inviolabilidad* que habian hecho al monarca : se retractaron del que habian hecho á las santas costumbres del sacerdocio casándose públicamente, y dándose hijos de prostitucion, y han entrado tambien en todas las maquinaciones, persecuciones, atrocidades, así del cuerpo legislativo como de la convencion. El nombre de sacerdotes juramentados es ya sinónimo de revolucionarios los mas encarnizados ; y mas interesados en apoyar las maldades y ferocidad de los jacobinos. ¿Qué hubiera sido de la Francia si Dios hubiese permitido que la mayor parte de sus curas y obispos hubiesen jurado como Brienne y Gregoire ? ¿qué sería de ella con sesenta y cuatro mil Fauchets y Chabots ?

Tal es el cuadro que el ilustre Barruel nos hace de los intrusos y juramentados, entre los cuales fueron en gran número los jansenistas y demás secuaces de la cismática constitucion¹.

Pero recorramos otro rasgo no menos ignominioso á la memoria de los jansenistas intrusos y juramentados, que confirma la verdad de nuestra proposicion, de que ellos habian igualado ó acaso superado á los mismos incrédulos en promover el jacobinismo. Despues de haber referido el clarísimo Barruel algunos ejemplos de valor, constancia y paciencia de varios seglares por no adherir al cisma, habla de nuevo de los excesos de furor en que se precipitaron los sacerdotes constitucionales, y los compara justamente á los *Circunceliones*, pues puntualmente han renovado todo lo que la Iglesia sufrió en los mas crueles cismas, y especialmente en el de aquellos monstruos, que son los herejes que mas se distinguieron por su barbarie y crueldad. Aunque hubo algunos pocos sacerdotes constitucionales que se avergonzaron de usar

¹ El testimonio de Barruel es irrecusable, pues además de haber sido testigo ocular de muchísimos hechos hasta fines de agosto de 1792, en que por favor de una persona desconocida, que lo vió entre los proscriptos para ser asesinados en los primeros dias de septiembre, pudo evitar la muerte, y salvarse en Inglaterra; todo cuanto refiere lo oyó de personas que lo habian presenciado, excluyendo todas las relaciones de que pudiese haber lugar á dudar.

de tan indignos medios para el establecimiento de la nueva Iglesia, sia embargo, generalmente hablando, ellos fueron los principales instigadores, y de ordinario los autores de todas las violencias y de la persecucion. « Vefaseles, dice (part. 2^a, p. 198, edic. de Ferrara), á la frente de los bandidos excitarlos y animarlos. Mas de una vez los mismos que se les habian adherido no pudieron sufrir las furiosas declamaciones que se permitian en el púlpito é Iglesias, de donde habian arrojado á los verdaderos pastores. En el mismo París, donde el departamento procuraba mantener del modo posible la tolerancia, un vicario intruso en la Iglesia de la abadía de San German parecia que no subia jamás al púlpito con otro objeto que el de encender la persecucion. Allí predicando contra los pretendidos incendiarios, llevó la violencia de sus discursos á tal extremo, que los oyentes empezaron á alborotarse, y le hicieron entender que no se le permitiria predicar mas, si no guardaba mas moderacion. »

Hé aquí los hombres que Tamburini nos describe como los *mas sencillos del mundo, mansos, apacibles, ingenuos, enemigos de toda intriga, ajenos de doblez, defensores de las mas justas máximas de la Religion y del trono*; en suma, los *mas fieles súbditos de la Iglesia y del Estado, y que jamás se han apartado un ápice de la pureza de los principios de la Religion*. Sin duda la idea que él se ha formado de los principios de la santa Religion de Jesus debe ser diversa de la que tienen todos los Católicos.

Nos dilataríamos demasiado si hubiésemos de notar los muchos casos particulares que refiere Barruel de los horribles excesos á que se arrojaron los constitucionales: indicaré solo el del Párroco intruso de la Rochela que describe allí. « En esta ciudad, dice, un cura intruso no se avergonzó de reunir una compañía de satélites en la iglesia de San Agustin, é invocar las bendiciones del Cielo sobre sus armas para una expedicion que meditaba. Aquellos furiosos, inflamados por este detestable Matan, salen de la iglesia y se arrojan sobre los católicos. Parten la cabeza de una sablazo al primero que encuentran; atropellan en la calle á dos mujeres, y pasan encima de ellas; las ahogan; apalean fuerte-

» mente á una madre con su hija, y van cometiendo otros
 » excesos. Como su encono principal era contra los ecle-
 » siásticos no juramentados, arrastran á dos de ellos á un
 » oscuro calabozo; todos los demás, y entre ellos algu-
 » nos ancianos octogenarios, son esposados, maltratados,
 » arrancados de sus propias casas, y sacándolos fuera de
 » la ciudad les intiman no volver á ella, sopena de ser
 » ahorcados. Dirígenle en seguida á los conventos de las
 » religiosas, violentan las puertas, y les intiman prestar
 » el juramento de fidelidad al intruso. Negáronse como
 » verdaderas hijas de la Iglesia, y al punto los golpes,
 » palos, y los mas feroces ultrajes que pueden hacerse
 » al pudor suceden á la intimacion; repetida esta repi-
 » ten constantes ellas la negativa; y el furor de aque-
 » llas fieras hace que nuevos y mayores ultrajes sucedan
 » á los primeros. En el interin las santas vírgenes, pos-
 » tradas en tierra, ruegan á Dios por sus verdugos;
 » ninguna cede, ni una sola sucumbe, antes dan todas
 » gracias al Señor de que les da fuerzas para confesar su
 » fe, y llenan así de oprobio al pérfido intruso que ve
 » con despecho la inutilidad de sus maquinaciones.» Esta
 » misma escena de horror y de infamias se repite en casi
 » todas las ciudades de Francia, no una sino muchas ve-
 » ces, y en ocasiones con tales circunstancias, que hacen
 » estremecer el pudor, y la misma humanidad¹. Condor-
 » cet era el promotor de ellas en París, y á este impío,

¹ Se observó generalmente en los intrusos un espíritu que les hacia más apreciable el campo de Marte que el santuario. Cada vez que los jacobinos armaban sus satélites para perseguir á los católicos, al punto se les veía entre las filas al primer golpe del tambor. No parece sino que apenas mancharon su alma con el sacrilego juramento, en el hecho mismo se despojaron no solo del espíritu de caridad, de humildad y mansedumbre, propias de un ministro del Señor, sino hasta de la misma humanidad. Véanse en el tomo 1 de esta Biblioteca algunos rasgos de la atrocidad de *Lebon*, y como aquellos se pudieran citar mil. Púedese asegurar tambien, sin temor de ser desmentidos, que generalmente todos se mostraron voluptuosos, y pudiéramos referir casos espantosos si no temiéramos ofender el pudor: á la pérdida de la fe sigue por lo comun el desenfreno de las pasiones, si no son estas las que arrastran las mas veces la pérdida de la fe.

que huyendo al fin de los mismos filósofos sus discípulos, á quienes se habia hecho odioso, terminó su carrera revolucionaria con un ignominioso suicidio, era á quien tomaban hoy por modelo los reformadores jansenistas. No es extraño, pues, que habiendo abrazado con entusiasmo sus sugerencias para desahogar su furor, lo hiciesen tambien para dar rienda suelta á su libertinaje, y que ellos fuesen tambien los primeros en hollar impudentemente el celibato y castidad que habian prometido á Dios.

En efecto, el jansenista Cournand fué el primero que se desposó públicamente, y su concubina madama du Fresne se mostraba tan envanecida de verse casada con un sacerdote, que lo hizo avisar á Cahier de Gerville, secretario del ayuntamiento ó municipalidad de París, rogándole que insertase en los registros públicos el acto glorioso de su matrimonio. El famoso Fauchet, tan encomiado por los *Analistas Florentinos* (número 33 de 1790), que de largo tiempo atrás vivía como marido con madama Colon, en quien habia tenido muchos hijos, apenas fué creado obispo constitucional de Calvados, siguió el ejemplo de Cournand casándose públicamente con la concubina. ¡Qué grandes reformadores! ¿Podian los filósofos hallar otros que fuesen mas conformes á sus ideas, les prestasen mas eficaz auxilio, y favoreciesen mejor sus proyectos antireligiosos? Muchos de ellos ni aun podian imaginarlo, y antes de los sucesos les parecia imposible. El mismo Federico de Prusia y d'Alembert eran de este sentir¹, y no creyeron se pudiese llegar á verificarlos totalmente, atendida la resistencia del

¹ La correspondencia epistolar de Federico y d'Alembert nos ofrece mil documentos de esto. D'Alembert se condolia varias veces con el rey de Prusia sobre esto, y con todas sus arterias filosóficas no hallaba medio para librar á la Francia, decia él, de la influencia sacerdotal, y del ascendiente que los eclesiásticos tenian sobre el corazon del jóven monarca, aunque en su subida al trono (por el 1774) se llegase á figurar que favorecería la filosofía, atendida la eleccion que hizo para ministros de Malesherbes y Turgot, ambos á dos declarados protectores de los impíos. Federico, en efecto, lo pensaba así: « Malesherbes y Turgot, le escribia á d'Alembert en 9 de setiembre de 1774, harán maravillas, y serán los apóstoles de la verdad, que abatirán el error; pero hallarán grandes obstáculos

clero, que trastornaría con su oposición los planes de la filosofía; pero lo que no podían por sí solos, lo han con-

» que vencer en las preocupaciones de la educación. Sabéis que es
 » muy difícil ser á un tiempo *cristianísimo y racionabilísimo*.
 » Dejo la solución de este problema á vuestras ecuaciones alge-
 » bráicas. » « ¡Ojalá que esa hez del género humano, que llamais
 » obispos, pudiese ser algún día tolerante y racional! pero temo que
 » sea tan difícil hacer humanos á vuestros sacerdotes, como enseñar
 » á hablar á los elefantes. » Estas injurias de boca de un impío, son
 otros tantos elogios para los verdaderos conocedores. Se sabe bien lo
 que en el diccionario del rey de Prusia quiere decir *racionabilísimo*,
 esto es, *incrédulo*, y en verdad que no era fácil conciliarlo con el
cristianismo. — En otra carta del 15 de noviembre del mismo año,
 expresa también el mismo temor. « Esta detestable superstición se
 » halla más arraigada en Francia que en la mayor parte de los otros
 » países de Europa; y vuestros obispos y sacerdotes dificultosamente
 » la abandonarán. No esperéis que los convierta la razón; el único
 » medio de reducirlos á la tolerancia, es una necesidad que los
 » obligue á no perseguir. Parece, escribía también á Voltaire el
 » 14 de julio de 1775, que los progresos de la filosofía se hacen
 » sentir más en la Alemania que no en Francia; y la razón, á mi
 » entender es, que en Alemania muchos eclesiásticos, y aun obispos,
 » empiezan ya á avergonzarse de sus costumbres supersticiosas,
 » cuando en la Francia el clero forma un cuerpo del Estado, y todo
 » cuerpo está siempre adherido á sus antiguos usos, aun cuando
 » conozca su abuso. » Mas claramente se explica aun después que
 el emperador José II emprendió la supresión de los monasterios y
 conventos de sus estados; y se apropió la inspección y dirección de
 la enseñanza en los seminarios, y de otros muchos puntos propios
 de la autoridad eclesiástica; y así en el mes de mayo de 1782 le
 escribe: « Vosotros (los Franceses) no imitareis la conducta del
 » emperador. Reina en vuestra patria más superstición que en
 » ningún otro país de la Europa. Vuestros clérigos se han usurpado
 » una autoridad (¿qué había de decir un impío?) que contraba-
 » lancea la del soberano, y vuestro rey no se atreve á proceder
 » contra un cuerpo tan poderoso (había de añadir, que por con-
 » fesión de los mismos impíos, formó el reino, y sostuvo siempre
 » á los pueblos en la subordinación á los monarcas) sin haber
 » tomado antes todas las medidas de precaución (¿qué medidas se
 » necesitan para conservar en la fidelidad á los que por principios
 » y por conciencia son fieles, y persuaden á los demás el serlo?)
 » para conseguirlo. Así que, bien examinado todo, los Estados del
 » emperador serán, á mi parecer, los únicos que se aprovecharán
 » del cisma presente de la Iglesia (por confesión del rey de Prusia

seguido con el auxilio de los jansenistas. Las plazas más fuertes y tenidas por inexpugnables, no raras veces son tomadas por traición; y esto es lo que ha sucedido al gran baluarte de la Iglesia, al clero de Francia, entre cuyos individuos, hallándose por desgracia mezclados algunos de estos doloosos traidores, lo entregaron vilmente en manos de sus enemigos. « Los jansenistas » son los que, como escribe de Launay (*Dénonciation* » *aux Français catholiques, etc.*, édit. 4^a, pág. 113), por

» tenemos que las medidas de reforma de José II arrastraban irre-
 » mediamente al cisma, ¿á dónde conducirán las tan semejantes
 » ó idénticas que se promueven en otros estados?): los demás so-
 » beranos ó no tendrán valor para hacer otro tanto, ó carecerán de
 » talento para imitarlo. » — D'Alembert se vió obligado por en-
 tonces á convenir en los mismos sentimientos con el rey de Prusia,
 y á pesar de sus grandes esperanzas de ver triunfar las luces de la
 filosofía, reconocía que las disposiciones de la Francia no eran en
 aquellos días favorables á la incredulidad; y únicamente, porque
 el clero estaba sumamente atento á la conservación de la Religión.
 — El viaje del sumo Pontífice á Viena en el 1782, que contuvo
 algún tanto las resoluciones de José II contra los regulares, entristeció á d'Alembert en gran manera; y así en el 21 de junio del
 mismo año escribía á Federico: « Algunas cartas de Alemania, y
 » sobre todo las de Flandes, ponen ya en duda la entera ejecución
 » del proyecto imperial antimonástico: mejor hubiera sido que no
 » hubiese hecho nada, que quedarse ahora á la mitad del camino, y
 » no cumplir lo que había prometido. Lo que me interesa más sería
 » que tuviésemos en Francia valor para imitar esta reforma; pero,
 » como dice bien V. M., nada haremos, y con todo nuestro desprecio
 » de los clérigos y de los frailes, les haremos el honor de temerlos y
 » de respetarlos. Hemos escrito á dos manos y sin interrupción, y
 » por largo tiempo, las cosas más excelentes sobre estas materias;
 » pero escribimos, y no obramos: los otros obran, y no escriben.
 » Procedemos sobre este punto como si fuese sobre guerra ó música:
 » borrajemos libros, y nos contentamos con eso. » Tales eran los
 sentimientos de un d'Alembert, quien ni aun se podía figurar por
 aquel entonces, ni prever los días desgraciados que nosotros hemos
 visto. Tal era también el concepto que él y su augusto corresponsal
 tenían de la gran Religión del clero de Francia, el cual, á la verdad,
 ha correspondido á tan alta idea, dando en las circunstancias más
 críticas pruebas admirables de constancia, de heroica paciencia, y
 de un sumo desapropio de todas las comodidades y bienes de la
 tierra por no hacer traición á su conciencia, á su Religión, ni á la
 fe prometida á Dios.

» no haberse separado violentamente como los protes-
 » tantes, conservando las mismas vestiduras que los sa-
 » cerdotes católicos, sorprendieron la piedad de los fie-
 » les; verdaderos desertores que habiendo conservado
 » la divisa de los católicos, se han hecho mucho mas
 » dañosos como enemigos domésticos. Estos son de los
 » que dice el célebre Spedalieri (*obra citada*, lib. 6, cap.
 » 12) que su hipocresía fué mas ventajosa al intento, que
 » la guerra abierta de la filosofía. Un enemigo declarado
 » se teme, se huye, se repele; pero el oculto sorprende,
 » y hiere á su salvo, y sin reparo. Los jansenistas, natu-
 » ralmente hablando, deberian haber imitado á todos los
 » otros sectarios, los cuales se apresuraron á salir y se-
 » pararse de la Iglesia, por tener la vanidad de hacer una
 » sociedad aparte. Pero no, estos hipócritas se han obsti-
 » nado en estar en la Iglesia, que no los reconoce por hijos
 » suyos. Fácilmente se entiende el fin de una conducta
 » tan extraordinaria. Enemigos domésticos, su objeto es
 » despedazar las entrañas de su madre, fomentar las di-
 » visiones interiores, arrancar todas las bases de la subor-
 » dinacion, destruir unos miembros por otros, armán-
 » dolos sagazmente unos contra otros entre sí.»

Tal, en efecto, ha sido la conducta de los jansenistas para con el clero. Con el oculto veneno de sus doctrinas seductoras, de su austeridad exterior, de ese clamar por la renovacion del antiguo espíritu de penitencia, de un afectado lamentarse sobre el pretendido oscurecimiento de las verdades esenciales de la Religion, despedazaban las entrañas de la Iglesia, al mismo tiempo que secretamente se unian con sus declarados enemigos, y les allanaban el camino para acometer de concierto al rebaño de Jesus. De aquí ese ardor suyo en ensalzar en el principio de la revolucion la constitucion civil del clero; ese proclamarla exenta de todo error, y declararla dignísima de la sabiduría y religion de los nuevos legisladores, llegando hasta decir Martineau en su *Informe ó relacion hecha á la asamblea nacional* á nombre de la comision eclesiástica sobre la constitucion civil del clero, que *en ella se restablecia y ponía en vigor aquella antigua disciplina eclesiástica, por la que tantos concilios habian clamado, aunque inutilmente, pues que el interes y las pa-*

siones de los hombres habian opuesto obstáculos insuperables. Solo la fuerza de la revolucion, y el grande poder de que os hallais investidos, podia, señores, emprender y consumir una obra tan grande.

De esta forma, lo que los filósofos por sí solos no se creian capaces de ejecutar, lo realizaron con el auxilio de los llamados *sostenedores de las mas puras máximas de la Religion y del trono*. Los incrédulos en un principio no aspiraban al parecer á mas que establecer una entera libertad de conciencia, é igualmente los calvinistas. Todo su afan era despojar al clero de las riquezas y de la jurisdiccion externa coactiva, haciendo una reforma en la disciplina de la Iglesia, que se ordenase á este fin, y para esto dirigian las principales *mociones* en la primera asamblea; bien persuadidos que despojando el clero de los bienes¹ y de la jurisdiccion, ya no los podria inquietar en su creencia y en su fe. Es bien sabido el enojo de Mirabeau contra Camus por las turbaciones excitadas en las provincias con motivo de la ejecucion de la constitucion, que temia les privase de aquella primera libertad que habian obtenido ya. Pero los jansenistas no quedaban con esto satisfechos; su impiedad pedia mas aun, y no perdonaron medio para llevarlo todo al efecto con el establecimiento de su constitucion; antes bien hallándose contrariados en esta parte por los obispos y el clero, se abandonaron á toda especie de violencias, persecuciones, desórdenes, asesinatos y excesos de furor, que en parte hemos indicado, y se pueden ver extensamente en la citada historia de Barrael; excesos y violencias de que en el 1795 ellos se confesaron autores, y se citaron en la convencion, con horror de muchos de sus miembros, en ocasion de los famosos procesos de Barrère, Carrier, Collot d'Herbois,

¹ Es bien constante que empobrecido el clero, se verá en breve privado de su autoridad; y falto de autoridad, ¿qué influencia podrá tener en la multitud? Sin embargo, el clero, fiel siempre á su rey, y solícito solo de conservar intacto el depósito de la doctrina y de la fe, ofreció tomar á su cargo casi toda la deuda nacional. Seiscientos millones de libras ofrecieron en nombre suyo los obispos que estaban en la asamblea; pero se queria todo, y no se les trató de oír.

Billaud de Varennes, Lebon y otros monstruos semejantes. — Es conocida la carta de Raynal, donde con toda la enerjía que da el convencimiento, hace ver á la asamblea que los decretos dados contra el Catolicismo habian sido la causa de las sediciones, violencias y estragos inauditos que los ponian á perecer. Pero los que estaban al frente de la revolución; reflexionando los grandes progresos que, merced al auxilio de los jansenistas, habia hecho el plan, desestimaron los avisos de su amigo Raynal, y contra sus primeras intenciones resolvieron llevar á cabo la destruccion de la monarquía y de la Religión, combinándose con los jansenistas, cuyas intrigas, crédito y maquinaciones les habian sido de tanta utilidad. Los jansenistas, pues, fueron los que dieron la última mano, si es lícito expresarse así, al sistema de sangre y de impiedad que ha dominado y redujo la Francia á la anarquía, y por tantos años la tuvo y tiene aún en continua agitacion ¹. Creemos haber mostrado claramente que los jansenistas fueron no solo cómplices, sino los autores principales é instigadores de la revolucion, y que superaron á los mismos filósofos en promover el jacobinismo. Así resulta de los testimonios referidos, de la confesion de los mismos jansenistas, y de las observaciones hechas sobre su conducta ulterior. Queda, pues, falsificada la asercion de Tamburini, de que es una calumnia atribuir al jansenismo esta complicidad.

PÁRRAFO ÚLTIMO.

Necesidad en que están los príncipes de cautelarse contra las insidiosas asechanzas de los jansenistas, si quieren tranquilamente reinar.

Demostrados ya los principios anárquicos, adoptados por los modernos jansenistas en el sínodo de Pistoya, y

¹ Los síntomas que siente aun dentro de sí aquella nacion, son efecto de estas doctrinas, disimuladas con el nombre falaz de galicanismo, y que son efectiva y propiamente de rebelion.

puesta por otra parte en claro la conducta observada por ellos en la primera ocasion que se les ha presentado de ponerlos en ejecucion, salta á los ojos la necesidad de precaverse contra unos hombres empapados en máximas tan peligrosas y perjudiciales á la seguridad de los tronos, y tranquilidad de los pueblos, y de tomarse por los reyes una firme resolucion de enfrenar una secta, á quien, por confesion de su mismo apologista, no bastó hasta aquí á hacerle doblar la cabeza toda la fuerza de ambas potestades. Los reyes en sus decretos, en sus leyes, mandan la obediencia y sumision, conminan penas contra los trasgresores y desobedientes, y quieren ser respetados y obedecidos: toda la fuerza que hace formidables á los príncipes á los ojos de los súbditos, no raras veces es conmovida, vacila, se destruye al primer choque que sufre la subordinacion: esta es indispensable y absolutamente necesaria, y sin ella ningun gobierno puede subsistir. Ahora bien: *desobedecer y sufrir ha sido la práctica constante del partido jansenístico*, por confesion de su mismo apologista: ¿qué obediencia, pues, qué sumision pueden prometerse los príncipes de ellos? Y si no esperan ninguna, ¿cuál esperan tener del resto de sus súbditos, si permiten impunemente á aquellos escribir, hablar, introducirse en los negocios políticos, manejar los de gobierno, y la direccion espiritual de las conciencias. La Francia ha experimentado bien á costa suya los tristes efectos, y con daño irreparable ha visto realizarse puntualmente la funesta prediccion, que treinta años antes le hizo el célebre jesuita y orador Neuville, quien íntimamente penetrado de los designios de la cabala ateo-jansenística, no pudo contener su zelo, y quiso prevenir y cautelar á aquella nacion de los peligros que la amenazaban, y que con no menos razon se pudiera hacer hoy á otras, que tal vez no quieran creer los que les preparan los sectarios. « ¡Religion santa, decia en su » panegirico de san Agustin, impreso el 1776: Religion » santa de Jesus! ¡oh trono de san Luis! ¡oh Francia! » ¡oh Patria! ¡oh decencia! ¡oh pudor! Aun cuando » yo no fuese cristiano gemiria como ciudadano: no ce- » saré de llorar los ultrajes con que se os insulta, y el » triste destino que os preparan. Siguen propagándose y